

VIII PREGÓN
DEL
ESTUDIANTE

José Lozano de la Torre

Jaén, 31 de Marzo del Jubilar año 2000

Conmemoremos con júbilo y regocijo el portentoso acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios hace dos mil años, por obra y gracia del Espíritu Santo, que guía, ilumina e inspira, y al que ahora invoco para que derrame sobre mí, las gracias necesarias para llevar a buen término este Pregón.

Dignísimas autoridades, señor Presidente de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de la Ciudad, Gobernador y Junta de Gobierno de nuestra querida Cofradía, Gobernadores y Juntas de Gobierno de las distintas Cofradías, cofrades, señoras y señores.

Te doy las gracias, querido Emilio, por esos laúdes que me has dedicado y que me han levantado el ánimo, que falta me hace, al empezar este para mí viacrucis. Engordar la vanidad a todos nos gusta, aunque sepamos que mucho de lo dicho sea engañoso, pero cuando se dice con ese cariño que pones en todas mis cosas, hay que aceptar esos elogios. Emilio, muchas gracias.

Quiero también dedicar unas palabras de sincero y profundo agradecimiento, a la Junta de Gobierno de la Real e Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas (Estudiantes), que me ha confiado ser el responsable de llevar adelante este "VIII Pregón del Estudiante", y quisiera hacerlo en la persona de su Gobernador, D. Martín Hermoso, que en un día lejano, a finales de noviembre, día de san Máximo, me convenció junto con Daniel y Frán, Paco ya me había hablado, para que expresara ante un auditorio tan entendido como el aquí reunido, mi experiencia cofrade.

Ya sabéis de mis escasos recursos literarios, máxime cuando los pregoneros que me han antecedido: el Padre Garófano, don Manuel Cañones, don Ramón Calatayud Lerma, don Luis Escalona, don Pedro Gómez Quevedo, don Gabriel Arroyo y don Miguel Mesa, gozan de gran elocuencia, personas muy cualificadas y de exquisita oratoria; por eso cuando me hablasteis que fuera Pregonero del año dos mil, por ser persona tan vinculada a la Cofradía, debí de renunciar –como siempre– pues sólo vuestra bondad han visto en mi persona aptitudes que no tengo y espero perdonéis la insignificancia de mis palabras. Aunque también os digo, que estoy muy ilusionado por tratarse de nuestra Cofradía y siento el enorme orgullo que supone, el hacerme cargo de uno de los actos más singulares de nuestra Hermandad.

Y a todos ustedes les doy las gracias porque me han querido acompañar en, esta, mi intervención, en el foro cofrade de Jaén.

Pregonar, según el diccionario, significa elogiar públicamente y en voz alta, hechos y sucesos importantes acaecidos durante un tiempo. Y nosotros, nuestra Hermandad, tuvo en la pasada década, concretamente en el año 1995-96, el acontecimiento más grandioso de toda su historia después del de su fundación, y que conmemoramos colectiva y multitudinariamente con todos los cofrades de Jaén, con unción, reverencia y fe religiosa, en suprema entrega de amor a Jesús y a María.

Como habréis sospechado, me refiero a la celebración de nuestras flamantes “Bodas de Oro”, sí, sí, Bodas de Oro, recuerdo que hubo discrepancias con esta denominación, también acepto Cincuenta Aniversario, pero siempre me gustó la primera acepción.

Ya, los cincuenta años de historia de la Cofradía, en el Pregón del Estudiante de ese año, los comentó admirablemente y con el debido rigor don Pedro Gómez Quevedo, nuestro querido fundador,

primer gobernador y consiliario vitalicio, que comenzó diciendo que fundar la Cofradía fue una "locura de amor", y tras de hacer un delicioso canto a María y una hermosa meditación de la entrega de Jesús a nosotros, finalizó invitándonos a tomar en serio la fe que profesamos.

¡Magistral, Pedro, ese pregón! Y muy bien reflexionado su contexto.

Por tanto, como la historia de la Cofradía ya se divulgó, hoy lo que intento pregonar, elogiar o recordar, son los principales actos religiosos que se celebraron para conmemorar este su medio siglo de existencia, eludiendo los actos culturales, pues en ellos tuve una activa colaboración y sería de mal gusto que yo los inciensara. Fran, que me superó con creces, sí merece elogios.

Voy a hacer una excepción y aunque sea muy de pasada, apuntar una mínima reseña, de un acto cultural: la presentación del cartel del Cincuenta Aniversario. Se celebró el seis de Octubre de 1995 en este mismo salón. Intervinieron en él dos artistas: uno, señor de la pintura, otro, señor de la palabra.

Ahí tienen el cartel. ¿Lo recuerdan? Rica y original obra de arte creada por don Francisco Carrillo. Y qué bien debió de meditar, y qué bien debió de madurar esta idea mi buen amigo Paco, hasta poner a punto -con el puro arte que lleva en sus venas- este cartel que por su consecución y simbolismo lo distingue con la calificación más suprema que a un trabajo tan bien acabado, se le puede dar. Elogiable victoria artística.

Fue presentado por mi considerado y buen amigo Ramón Guixá, inmejorable Presidente y excelente paladín de la Agrupación, que nos emborrachó a placer con su cautivadora palabra, su facultad de expresarse deleitando y su don de hablar con elocuencia. Se

podrían escribir muchas páginas de este acto, pues sólo de las palabras que nos dirigió Ramón se podrían extraer lecciones de Psicología, -analizó la generación de su hijo Daniel-, lecciones de Historia -habló de la fundación del Monasterio de Santa Clara-, lecciones poéticas y literarias -expuso su disertación respetando las leyes del lenguaje-, pero no se ajustaría al esquema que me he trazado. Sólo actos religiosos. Pero ahí queda esta escueta mención.

Presidió este acto el entonces Alcalde de Jaén, don Alfonso Sánchez Herrera, tan recordado por nosotros, un enamorado de la Cofradía y gran impulsor de la misma. También ocupó lugar preferente el, en aquella ocasión, concejal de Educación y Juventud, don Francisco-Miguel Gómez Mata, abanderado de honor del cincuentenario, pues sin su mecenazgo nuestra conmemoración hubiera quedado más menguada.

¡Qué grande es para el cofrade abrir su corazón a ese mundo que tanto ama, a ese mundo de devociones, sensaciones y vivencias.....! A ese mundo de sublimes recuerdos, a ese conjunto de emociones, de momentos tan intensos vividos en ese año conmemorativo del Cincuenta Aniversario y que tanto se aferró en nosotros. Aunque, esos sentimientos, son difíciles de transmitir porque son exclusivamente nuestros y están fuertemente arraigados en nuestro ser, en ese ser cofrade, por el que siempre daremos gracias a Dios. Y siempre se las daremos por habernos otorgado la feliz suerte de sentir estas celebraciones y vivirlas con fe, desde la visión -tan válida como cualquier otra- de nuestras Hermandades y Cofradías.

Le daremos gracias por habernos concedido el privilegiado don de ser sensibles a los nardos que llevó Nuestra Señora en su procesión de clausura, le daremos gracias por habernos concedido la enorme dicha de ser sensibles a la música que le dedicó Abel Moreno, le daremos gracias por ser sensibles a la cera derretida de su candelaría, a la reliquia del padre Claret que va en el frontal del paso del Cristo, le

daremos gracias por ser sensibles al incienso que se eleva como una oración hacia el cielo en la noche inigualable del Lunes Santo, y le daremos gracias a Dios por ser sensibles al sonido de una corneta que hiere la tarde y cruza el aire como un grito desgarrado, y daremos gracias a Dios por ser sensibles al canto de una saeta que se pierde entre los balcones cuajados de geranios y un farol de una estrecha calle, Merced Alta.

Sé, que vosotros también habéis vivido estos sentimientos, por tanto no necesitaría hablaros de todo esto, pero son impresiones que brotan del corazón abierto y sincero de un cofrade, de un cristiano, que quiere serlo cada día de su vida, sin conseguirlo la mayoría de las veces.

Y todos estos sentimientos, no tendrían validez si sólo nos quedáramos con lo anteriormente dicho, con lo estrictamente superficial. Pero para el cofrade, como cristiano que es, le nace una Nueva Vida, llena de amor y esperanza, con la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, y cree en la promesa de la Vida Eterna, en la Alianza Nueva y en la Eucaristía. Cristo consagró en la cena con los apóstoles el pan y el vino, quedando convertidos en su Cuerpo y Sangre, en el mismo Jesús del Gólgota.

¡Qué don nos regaló Dios con la gracia inapreciable de la FE!

En un tiempo, quizá ensombrecidos por la falta de ilusión, hubo un poco de letargo en la Cofradía, pero al acercarse la quincuagésima fecha, los cofrades Estudiantes encendimos la luz de la alegría, del arrojo y del esfuerzo y lo derramamos en nuestro entorno, en el entorno cofrade de Jaén. Y con esa alegría, arrojo y esfuerzo cristiano, signo testifical de nuestra fe, comenzamos el treinta de septiembre de 1995, la apertura de nuestras "Bodas de Oro".

Y la comenzamos en el Real Monasterio de Santa Clara, casa de donde arrancamos y por tanto, lugar donde teníamos que estar en el primer acto de nuestro cincuentenario.

Se inició con la Eucaristía, la celebración rememorativa del misterio central del cristianismo.

Fue oficiada por Fray Ricardo de Córdoba, fraile capuchino muy versado en Semana Santa y al que le gusta celebrar con gran ceremonial, majestuosidad y empaque –como debe ser- estos memorables actos de las cofradías. Sacerdote que trabaja día a día por las Hermandades y que por el ameno diálogo que tuve con él, supe, que en el sereno recogimiento de su celda capuchina, concibe ideas y proyectos para la buena formación del cofrade y por el engrandecimiento de la Semana Santa andaluza.

Antes de la Eucaristía pronunció unas palabras de inauguración, sencillas –lo nuestro- don Francisco Latorre Díaz, el Gobernador de la "Bodas de Oro". Bonito título ¡Eh!. Paco, osténtalo para siempre. Te lo mereces. Sin tu dinamismo, sin tu buen hacer, sin tu capacidad de trabajo, sin tus gestiones y tus logros, el Oro de las Bodas, no hubiera brillado. Fueron y son muchos tus desvelos, tu dedicación y entrega por esta Cofradía. Tu nombre quedará ligado para siempre a una brillante página de nuestra historia.

Domingo 8 de Octubre
Misa Presentación-Restauración de Ntra. Sra. de las Lágrimas
Parroquia de la Merced a las 12:00 horas.

Así se anunciaba el tercer acto, en un tríptico que llevaba en la cabecera una reproducción del cartel, y que se editó para dar a conocer todos los actos de las "Bodas de Oro".

En Junta General se aprobó restaurar a Ntra. Sra., y el día veinticuatro de mayo se trasladó a Córdoba, al taller del escultor Sr. Bernal, de renombrado prestigio.

Creo que como a todos, al inicio de esta andadura, me estremeció el alma y me recorrió el cuerpo un escalofrío de duda, ante la enorme responsabilidad asumida.

¡La suerte estaba echada!

Varias idas a la vecina ciudad, confirmaron la valía de Antonio Bernal. Éste, el siete de septiembre nos anunció, que tan sublime encargo, estaba terminado, y una mezcla de gozo y júbilo desbordado, también me estremeció ahora el alma.

Ese día -día de la recogida de la Virgen- fui invitado por el gobernador de las Bodas de Oro, junto con otros miembros de la Cofradía para acompañarles. En silencio, con un pellizco en la garganta, fuimos descendiendo del coche que nos trasladó hasta la casa-taller del restaurador.

Al estudio del imaginero, fuimos avanzando uno a uno, yo me quedé unos pasos atrás, para cuando todos hubieran entrado,

poder admirar la imagen de la Señora. Iba con la cabeza baja, pues quería al levantarla, recoger rápidamente, la primera visión de María. Me acerqué, levanté la mirada y me encontré frente a frente a solas con Ella; con la que ha sido tantas veces testigo de mis confidencias de adolescente (llegó cuando sólo tenía, yo, quince años), de mis confidencias de hombre y a Ella me he encomendado en innumerables ocasiones de mi vida para pedirle salud, serenidad, amor al prójimo, el descanso eterno de mis padres y amigos y paciencia para enseñar en mis clases..... y siempre me ha concedido lo pedido, o me ha dado la fe suficiente para saber sobrellevar la cruz pequeña o grande que, en determinado momento, me haya tocado soportar.

Un rayo de sol entraba por un ventanal del estudio que iluminaba el rostro de la Virgen. En segundos observé la nueva pátina que tanto realzaba su belleza, con mis ojos besé sus manos, y me sentí más cerca que nunca del Cielo; absorto y entusiasmado ante su cara radiante, musité la Salve. Y allí estaba Ella, con la sencillez de una Madre, con la elegancia de una Dama y el porte de una Reina, tocada con los encajes de mi madre; y de mis labios se escapó esta confesión de fe: ¡ Verdaderamente, Tú, eres la Madre de Dios!

Llegados a Jaén, la Virgen se depositó en casa de Paco y Ventura, y esa tarde fue un ir y venir de devotos para acompañarla, y rezarle.

Al día siguiente, domingo, lució más el sol, era más hermosa la mañana, el aire más suave y el cielo de un infinito azul. A vuelo de campanas, se llevó a la Merced, y a las doce, se celebró en su honor para darle la bienvenida, la Santa Misa y un fervoroso besamanos.

De nuevo estaba en su casa y entre nosotros, la Reina de la Merced.

Viacrucis de los Encuentros

Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra.

Y sí, mansas y benévolas fueron las reverendas madres clarisas.

Como toda orden religiosa, su principal fundamento es la fraternidad; una vida comunitaria basada en el respeto y en la estima al hermano. El amor que reina en la comunidad, es parecido al existente en la vida familiar donde todo se comparte, y por eso, ellas, en un año tan significativo quisieron que compartiéramos y estuviera entre nosotros, durante un tiempo –casi tres meses- el Señor de Bambú.

No es Cuaresma, pero del Real Monasterio de Santa Clara, pasando por su compás, e iluminados por el rostro del Señor, sin más luces que cuatro ciriales y las velas que portan algunos cofrades, sale en austero Viacrucis el Señor de Santa Clara. Se traslada a la Merced con motivo del “VII Encuentros de Misericordia”. Son las ocho de la tarde del día veinte de enero.

He tenido la enorme dicha –gracias a esa cortesía que mi Hermandad me tiene reservada- de llevar sobre mis hombros, la imagen de ese Cristo de mi devoción, y sentir sobre los mismos y sobre mi cuello el peso del madero Redentor.

Él, año tras año, nos atrae hasta su Cruz, para convertirnos en cirineos, y con sus brazos siempre abiertos y sus manos tendidas, nos invita a su vez, a que nosotros se las tendamos al hermano que sufre, que pasa hambre, que está triste, sólo o enfermo, al

que por su edad está arrinconado en un hogar de esos que ahora hemos llamado "tercera edad", Él nos pide que ayudemos a sus "preferidos", a los que nos han de preceder en el Reino de los Cielos.

Y junto a esa invitación de Cristo, las monjas de Santa Clara, en supremo ejemplo de grandeza de alma y generosidad, llevadas hasta el último extremo, nos dieron la custodia de su Cristo. Sabían que sería venerado por cientos de andaluces, que se hablaría de tan hermosa talla por toda la Bética, que atraería fervores y devociones.

Pero ellas se quedaban solas y la capilla de Santa Clara vacía.

VII Encuentros de Hermandades y Cofradías de Misericordia de Andalucía

Sábado, 27 de Enero

Para los que no lo saben estos encuentros se iniciaron en 1990 en ^{S. Fernando} Jerez, de allí partió la idea, y consiste en que todas las Hermandades y Cofradías de Andalucía cuyos titulares –ya sean Cristos o Vírgenes- se nombren de Misericordias se reunirían a modo de congreso, cada año en distintas ciudades andaluzas para honrar a Jesús y a María. Este año al ser nuestro cincuentenario fue la organizadora la Cofradía de Jaén.

A nuestra convocatoria acudieron una treintena de Cofradías y cerca de seiscientos cofrades, venidos de los pueblos más distantes de nuestra región. A lo largo desde Huelva a Huelcar-Overa y a lo ancho desde Muriano a Málaga y Motril. Kilómetros y kilómetros. Y solo para convivir unas horas con nosotros, para intercambiarnos sencillos recuerdos, para hablarnos de sus Cristos y sus Vírgenes, para divulgar cómo son sus reglas y sus Estatutos, sus juntas de gobierno y sus cultos, para manifestar la fe que profesan, para decirnos el amor y la caridad que, durante el año han compartido con algunos necesitados, de cómo se ayuda en la Parroquia, de cómo se trabaja en la Catequesis.

¡Hasta es posible! que sean las Cofradías el único lugar donde a los hijos, se les pueda ofrecer esa formación, que quisiéramos que tuvieran.

A todos los recibimos en el entorno más privilegiado de la ciudad en la Plaza de Santa María, a la sombra de nuestra Catedral.

Allí estaba la Junta del Cincuenta Aniversario: Paco, Antonio-Jesús, Jesús, Vicente, Juan-Carlos, Frán, Jóse, Antonio Cano, Diego, Nono, Juan-Antonio, Miguel, Daniel, Javi, Juan Quesada, Martín, Angel, Jesús Carrasco, Paco Molina y Nim. Rocío, Nuria, Ana y Ketti. El Hermano Mayor de la Virgen, Miguel Mesa y como siempre que de la Cofradía se trata, Luis Escalona.

El camino hasta la iglesia de la Merced se hizo por un zigzagante itinerario del casco antiguo. Los vecinos –como si fuera Lunes Santo- se asomaban a los balcones y ventanas y daban la bienvenida a los recién llegados.

Ya en el templo, el abnegado e incansable Frán, responsable de su cargo –fiscal de manifestaciones públicas-, colocó a todos en los sitios que tenían reservados.

Causó admiración el altar de cultos diseñado por Javi y Jóse.

Ofició el solemne Pontifical el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, imponiéndoles, al final, a los gobernadores foráneos la medalla de nuestra Cofradía.

Para la mejor organización se formaron diez grupos de congresistas que en la visita a la Catedral fueron dirigidos por: D^a Isabel Navarrete, D^a Socorro Calera, D^a Luz Berro, D^a Pilar Palazón, D^a Francisca Cátedra, D^a Matilde Almansa, D. Víctor García, D. Manuel Eliche, D. Leonardo Cruz y D. Rafael Recio, catedráticos y licenciados en Historia o en Arte.

Los invitados se fliparon –así habla nuestra juventud- al admirar la riqueza de nuestro primer templo, dado a conocer por tan destacados Profesores.

Siguió en San Ildefonso, Santuario de nuestra Patrona, una ofrenda floral a la Virgen de la Capilla.

En el hotel Condestable, comida de Hermandad, con grato ambiente; a los postres los asistentes recibieron pequeños olivos y ramas de aceitunas de plata, obsequio del Ayuntamiento.

Un concierto de marchas procesionales interpretado por la Banda Municipal de Música puso fin a los actos programados, siendo las marchas más aplaudidas, el himno a N^o Padre Jesús y el himno a Jaén.

D. Francisco Latorre, gobernador de las Bodas de Oro, pronunció el discurso de despedida. Todos sentimos nostalgia por este adiós. Se nos acababa uno de los más cuidados actos del Cincuentenario que con tanta ilusión y cariño habíamos organizado. Los que vivimos tan intensamente aquella jornada no podemos, jamás, borrarla de nuestra memoria.

Es el momento de abogar a favor de estas cofradías visitantes y de todas las demás, y rendir un tributo de admiración y gratitud a tantos hombres y mujeres que dejan muchas horas de su tiempo, se quitan horas de sueño y ofrecen horas y horas de servicio desinteresado. Alguien dirá que todo es folclore; pero quienes tanto se sacrifican por la Semana Santa, ni buscan aplausos, ni colgarse medallas –puede que alguno sí, en toda obra humana existen fallos, también en las obras de la Iglesia- sólo buscamos manifestar una devoción que llevamos en el fondo del alma.

Y digo más, hay quienes no tienen otro lazo que los una a la Iglesia y la fe, que las Cofradías.

Por eso es necesario un esfuerzo de formación de las Hermandades, que los cofrades tengan una vida coherente con su fe; una defensa de la moral de la Iglesia en temas tan cruciales como la protección de la vida, el destierro del odio, de la violencia, de la desintegración de la familia. Una remodelación espiritual, y así lograremos que nuestras Hermandades sean auténticas catequesis, donde se acoja y transmita la palabra de Dios, y se camine por las directrices que marca la Iglesia y los senderos que Cristo nos enseñó.

Es muy importante el servicio que las Cofradías prestan a la fe, a la fe de los sencillos.

El desfile procesional de una Cofradía, entra por los ojos. Nadie es indiferente, ante un Cristo lacerado o una Virgen transida de dolor, sin indagar el por qué de ese martirio; y ahondando en la pregunta, llegamos a la conclusión: porque hay un Amor –con mayúscula- muy desmedido.

Los pasos en la calle son un libro abierto donde se puede leer ese Amor inmenso de Dios y la profunda ingratitud de la humanidad. Recuerdan unos hechos históricos y promueven la veneración sagrada de unas imágenes que representan los más altos misterios del Cristianismo.

Ese es el valor religioso y apostólico de nuestras procesiones en la calle, un compendio maravilloso de catequizantes mensajes, y una lección magistral de teología popular.

También las Cofradías enriquecen el patrimonio artístico y dan trabajo a escultores, bordadores, tallistas, pintores, etc., personas que se ganan el pan honestamente dejando el arte y sus obras en el patrimonio, sufragadas de mil formas, o por la generosidad de cofrades y devotos.

Por tanto a los que las quieren arrinconar, muy convencido les digo: Que nuestras Cofradías seguirán en pie, mientras Dios lo quiera, los cofrades y el pueblo de Jaén.

Triduo de Clausura

El día veintiséis de Septiembre, dio comienzo el Triduo por la Clausura, porque nuestra Hermandad culmine con éxito las Bodas de Oro y por tantas cosas buenas que Jesús y María nos han regalado en este año de celebraciones.

El día último ocuparon los primeros bancos, la ya citada Junta de Gobierno y la Comisión Gestora, formada por antiguos cofrades y fundadores, siempre al servicio de la Cofradía: D. Pedro Gómez Quevedo, D. Antonio López, D. Gabriel Arroyo, D. Juan Santabárbara, D. Antonio Delgado, D. Francisco Espinosa, D. Bernabé Mediano, D. Emilio García-Rueda y el que os habla, fueron sus componentes.

También ocuparon lugares destacados el Presidente de la Agrupación de Cofradías, D. Ramón Guixá, antiguas Juntas de Gobierno y de Señoritas, entre estas las hoy señoras: D^a Emilia Fiestas, D^a Remedios González, D^a Josefina Reche, D^a Ma Jesús García Mediavilla, D^a Reyes Almansa, D^a Magdalena Crespo, D^a Amalia Sáez, D^a Ma Teresa García Gómez, y D^a Luz Berro y el Pregonero de la Semana Santa, D. Luis Escalona.

El día de antes se prepararon los pasos procesionales, para que cerca del Presbiterio presidieran nuestros Titulares estos últimos cultos.

Amorosamente las manos femeninas prepararon los prendidos de flores. Allí, la fe de un cofrade fue colocando con suma destreza, sobre empapadas esponjas y tela metálica esas flores enhiestas, dispuestas en rojo calvario en el Paso del Cristo y en piramidales moñas blancas en las jarras del Paso de Palio. Otros con la misma fe afianzaban la candelería, bruñían la plata, doraban los

desperfectos, clavaban puntillas con mucho mimo y disponían estandartes, banderas, atributos y el nazarenito de Luis Escalona, para el altar de insignias. Cada uno ama su tarea con sumo empeño para que todo quede en su sitio.

En los tres días, eruditos clérigos oficiaron la Eucaristía: Monseñor Cevallos, obispo de Cádiz, muy querido en nuestra ciudad, el Padre Carrasco, claretiano, Provincial, por entonces, de la Región andaluza y de nuevo Fray Ricardo de Córdoba, de grato recuerdo.

Todas la homilías, yo diría que sermones de púlpito y tornavoces, sobre todo la de Fray Ricardo, nos recordaron que tenemos que ser cristianos comprometidos, de amor al prójimo. El amor es la síntesis del cristianismo, Cristo lo puso como distintivo: "En eso conocerá el mundo que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros". Tenéis que dar, nos dijeron, testimonio de Cristo en medio de la sociedad en que vivimos, demostrando que llevamos en nosotros ese mensaje de Amor y de Salvación que Dios ofrece a la humanidad.

Finalizaron los cultos que dedicamos a nuestras imágenes, y por tiempo perdurará en nosotros la palabra evangélica de los predicadores, y el recuerdo que nos dejan, reafirmará la fe en nuestras conciencias.

Procesión de Clausura

Hay en el barrio de la Merced, hoy día veintiocho de Septiembre, alboroto, inquietud y desasosiego.

Este barrio siempre tranquilo y apacible, de azoteas bañadas de luz, de balcones llenos de flores, de tejados tendidos al sol, con su torre enhiesta y vigilante como un centinela de piedra, oteando sus calles estrechas y empinadas, de plazas recoletas, de viejos palacios y patios umbríos que en estas noches otoñales la luna ilumina preñándolos de luz azul, de sombras y de misterio, hoy se advierte en él, un trasiego especial en sus calles y en sus gentes, un ajetreado ir y venir, mujeres que se afanan en la limpieza de rejas, ventanas y puertas, que van con cubeta de cal en una mano y escobilla en la otra restaurando desconchones, enmascarando churretes y adecentando las bajeras de sus fachadas. Hoy el barrio debe lucir, limpio, reluciente, como se merece la Limpia entre todas y El que fue engendrado en su seno.

Y es que esa tarde-noche sale de la Parroquia de la Merced, en una fecha inusual y significativa en auténtico y verdadero peregrinar a la Santa Iglesia Catedral para clausurar las Bodas de Oro fundacionales, la Real e Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas.

Todo ha de estar dispuesto para esa noche, noche cuyo resplandor ha de ser mayor que el de aquellos tres jueves del año que en otro tiempo -hoy la impiedad y el desprecio por la tradición han eclipsado su brillo- relumbraban más que el sol.

Ha terminado el triduo. Leve murmullo en la iglesia. Es ahora cuando empecemos a vivir con tensión y felicidad los instantes previos a la salida. Rostros amigos arremolinados en los pasos. Saludos

de unos y otros. Hay brillo en los ojos cofrades y emociones que comienzan a desbordarse.

Los costaleros ocupan sus puestos bajo las trabajaderas donde pondrán toda su fuerza y toda su fe en el Cristo de sus amores cuando Nono o Diego, con la mano temblorosa que empuña el llamador, tras fijar los ojos en el rostro del Señor, con voz grave y entrecortada, exclamen: ¡A esta es!. O cuando Juan Antonio o Miguel de los que de su negra figura sólo destacan los puños blancos de sus camisas y la medalla de la Hermandad, a la voz de: ¡Al cielo con Ella!, sus costeleros levanten una montaña de plata, de flores y luces, y la Señora empiece a caminar al encuentro de sus hijos.

Una extraña sensación se apodera de nosotros cuando oímos el chirriar de las puertas de la iglesia.

El milagro de la primavera se ha vuelto a producir en la plaza de la Merced.

Cruzan el cancel la Cruz-Guía y sus faroles, y se dirigen a la salida los primeros guiones y las Juntas de Gobierno de las Cofradías Pasionistas que componen la sección del Cristo enfilando Almendros Aguilar, dos lienzos de cal, blancas todas las colgaduras, con carteles del cincuentenario en sus balcones.

Al paso de rodilla a tierra, entre esfuerzos costaleros, sale el Santísimo Cristo de las Misericordias, envuelto en purísimas nubes de incienso, mostrando la dulce majestuosidad de su imagen, que se alza en la cruz ante el clamor popular.

Antiguos gobernadores, rector, decanos, miembros de la Comisión Gestora -escortando el Guión-, Junta de la Agrupación,

presidencia de la Cofradía y del clero, y hasta cuatro angelitos negros arropan el Paso del Cristo, ya, por los aledaños del Arco San Lorenzo.

La salida del Simpecado inicia el tramo de la Virgen, siguen los Guiones y Juntas de Gobierno de las restantes cofradías de Pasión, y otra representación de nuestra Hermandad presidida por Antonio-Jesús de la Casa y fray Ricardo.

Un chisporroteante resplandor enmarca el umbral e ilumina la portada barroca de la iglesia. Revolotea la bandera de la Tuna. Y la Virgen asoma a la plaza meçada con ternura de besos, entre canciones universitarias.

Va avanzando la noche, y el pausado caminar de la Procesión ha alcanzado las inmediaciones de la Catedral. Y nuestras retinas se agrandan para poder recoger las imágenes únicas que dentro del templo, se presentarán ante nosotros.

Las campanas tocan a júbilo cuando se abren de par en par las puertas de la Catedral y la Cofradía de los Estudiantes atraviesa la puerta del Perdón, recibida con parabienes por las Cofradías de Nuestro Padre Jesús y la Buena Muerte, y comienza su recorrido glorioso por la suntuosas naves renacentistas, un bosque de palmeras corintias y bóvedas vaídas, gigantescos baldaquinos, hermosos doseles con guirnaldas, festones y veneras pétreas que cubren, cuando pasa, el Señor de Santa Clara.

Sorprende el recogido silencio, sólo la voz de Juan-Miguel rezando el Santo Rosario y el rachear de las esparteñas de los costaleros contra el ajedrezado mármol del suelo.

Sobrecoge la Capilla Mayor, flota en ella el aliento divino; arriba el Hijo de Dios Verdadero, el Cordero de Dios, sobre

Custodia del siglo XV, abajo la Sagrada Reliquia y cruzando en su paso barroco el Cristo Misericordioso, que siendo siempre el mismo Jesús, se presenta en distintas formas. Curiosa trilogía: la Verdad –con letra grande-, la tradición y el arte.

Sigue perdiéndose el Cristo por la nave de la Epístola para tomar el último giro, cerca del Trascoro y alcanzar la salida.

La Señora recorre el sagrado lugar hecha un “ascua de oro” sobre la maravilla andante de su Paso de Palio, andas barrocas con respiraderos de cinceladas filigranas y ricos bordados sostenidos por aleteadores angelitos –seguro que Javi sintió la presencia divina cuando sus agujas urdían sobre el terciopelo el gran piropo de la Letanía: Regina Angelorum-, paso de compacta y plateada candelería de cera encendida, de artísticos candelabros de cola en los que el cristal de sus guardabrisas recibe el llanto de la cera derretida de sus cirios, faroles casi de navío con ramitas de preciosas azucenas, paso de pulidas ánforas y jarras, arriates de rosas blancas y gladiolos.

Ella siembra la Catedral de emociones contenidas, y su belleza –no por esperada- deja de llevar la admiración a cuantos la contemplan. Transcurre con el rítmico movimiento de sus costaleros y a cada paso, el fleco enamorado de sus bambalinas, roba un beso metálico a la plata de sus varales.

Ya, en la calle, las imágenes vistas al reflejo de los focos de la iluminada Catedral y los cirios que llevan los pasos, infunden una atrayente devoción en la multitud y mueven los corazones al fervor y a la oración.

¡Qué gozo haber entrado en el Catedral!

Este gozo tendría que repetirse todos los Lunes Santos, hay que reivindicar esta tradición, y no sólo los Estudiantes, todas las cofradías que integran nuestra Semana Santa deben perseverar en el intento, esa sería la auténtica Estación de Penitencia, eso sería darle pleno sentido a nuestras cofradías en la calle. Ánimo cofrades, Agrupación y Hermandades, con constancia y tesón maduran las causas justas.

Sigue la Procesión por Obispo González y Cantones, regresa la Cofradía a su barrio que se hizo templo desde las primeras horas de la noche. De nuevo hierve el gentío apiñado alrededor de la iglesia, una abigarrada multitud bañada por la claridad de la luna septembrina que parece mirar sorprendida el prodigio y un airecillo sutil salpicado de polvo de estrellas envuelve la plaza cuando el Cristo de los Estudiantes y María Santísima de las Lágrimas entran en su iglesia.

Al día siguiente la Virgen estaba en su Capilla y de nuevo el Señor de Bambú dormía en el regazo de sus monjas de clausura.

Todo se ha cumplido.

A la nueva Cofradía Pasión y Amargura, mi Enhorabuena. Ha venido a completar el Lunes Santo, fruto del esfuerzo juvenil de sus organizadores que para ello supieron aunar espíritu cofrade y sortear dificultades.

Y a la Pro-hermandad de la Cena les deseo mucha suerte, Hermandad que también necesitaría completar y pronto, fecha tan jubilosa como al Domingo de Ramos.

In memoriam

Desde que inicié el Pregón tengo presente que ahí, y de muy buen agrado, estaría un gran cofrade, D. Ramón Calatayud Sierra (q.e.p.d.), al que quiero tenerle un cariñoso recuerdo.

El día de Santa Lucía , querido Ramón, te alejaste de nosotros, te fuiste por senderos eternos buscando la Paz y la Dicha que a las personas de bien el Señor les tiene prometido.

Ya estabas harto de sedantes y medicinas, en un principio las aceptaste por pasar un tiempo más con Pili y los tuyos, así me lo hiciste ver cuando unos días antes de tu muerte fui a verte, para mí un privilegio, y me soltaste a bocajarro tu mal, esa traicionera enfermedad, pero con gran resignación y conformidad; y con ese candor tan tuyo, me contaste el proceso de tu dolencia y pensé: hasta en un trago tan duro y tan amargo como éste, sigue teniendo buen porte.

Luego charlamos, como no, de nuestra querida Cofradía de los Estudiantes, cofrades los dos desde su fundación y también Hermanos Mayores Honorarios allá por la década de los sesenta.

Recordamos aquellas mañanas de Lunes Santo, ya muy remotas, cuando nos presentábamos en tu despacho: Ramón, no podemos salir. Sonreías y en tus ojillos vivarachos adivinábamos tus intenciones, tirabas de cajón o extendías cheque y a las cinco de la tarde, los Estudiantes estábamos en la calle.

Y como te reías, a pesar de tu estado ya decrepito, al comentar aquella anécdota, cuando en la cuesta del Teatro Cervantes los cargueros del Paso del Cristo, hombres pagados, pasándose a la torera el contrato convenido, se negaron a subirla si no le abonábamos veinte

duros más a cada uno; Pedro Cañones y tú con caras mefistofélicas levantasteis los faldones y les amonestasteis que si no seguían adelante con lo estipulado, los llevaríais a la cárcel; luego me confesaste que jamás habrías cumplido esa amenaza con aquellos pobres hombres, y hasta, creo, que de tu bolsillo salieron las cien pesetas.

Comentamos la entrevista que te hice por ser el presentador de Miguel Mesa, en el VII Pregón del Estudiante y me confesaste que tu vinculación con nuestra Cofradía fue desde siempre, porque desde su fundación sentó en aquellos momentos el precedente de la gran Semana Santa de Jaén.

Fue una imborrable tarde, yo visité a un enfermo, y tú, que en ningún momento decaíste, enseñoreaste tu categoría personal, tu humanidad, tu valentía y tu cristianismo.

Cuánto me hubiera gustado que escucharas este modesto Pregón, el de tu amigo Pepito, así me llamabas, me conocías desde muy niño, y habernos dado un fuerte abrazo, que desde aquí te envío junto con el de todos los cofrades, aunque nuestros afectos serán insignificantes comparados con el Amor que recibes allá en los Cielos.

Descansa, Ramón, en la Paz del Señor.

Despedida

Ya termino, pero antes quiero pedirle a la Señora por nuestra monjas clarisas, la comunidad y clero de la Parroquia de la Merced y por todos nosotros.

Tú, Virgen de las Lágrimas, guarda mis emociones más profundas en tu Capilla silenciosa de la Merced o en la apoteosis triunfal y luminosa de tu Paso de Palio en la calle. Han sido muchos los momentos vividos al cobijo de tu bendita imagen.

Y a Ti, Señor, cuántas veces te he buscado. Como esta mañana. ¿Recuerdas? Cuando en la intimidad de la iglesia de Santa Clara postrado a tus pies te imploraba fuerzas para mi Pregón, y siempre te seguiré buscando hasta que un día en mi postrero aliento, en Ti , Señor de las Misericordias, en Ti que eres el auténtico Camino, y la Verdadera Vida, encuentre la plenitud de la Eternidad, que Tú ,Señor, guardas para todos nosotros.

¡Así sea!

Jaén, 31 de Marzo del Jubilar año 2000